

tabernas sospechosas y de las que á veces salían voces y ruidos de disputas.

Prada se empeñó en dejar á sus compañeros en la vía Julia, á cincuenta metros del palacio.

—Eso no me molesta absolutamente en nada, todo lo contrario, os lo aseguro. No es posible que os permita que acabéis el camino á pie con la prisa que tenéis.

La vía Julia dormía ya con su paz secular, absolutamente desierta, y con una paz de abandono, con su doble mortecina hilera de faroles de gas. Y en cuanto se apeó del carruaje, Santobono no esperó á Pedro, que por otra parte entraba siempre por la puertecilla que daba al callejón del costado.

—Hasta la vista, Santobono.

—Hasta la vista, señor conde.

Pudieron entonces ambos seguirle con la vista hasta el palacio Boccanera, cuyo antiguo y monumental portalón estaba aún abierto de par en par. Durante un momento, vieron su elevada y rugosa silueta que recortaba aquella sombra, y luego se abismó en ésta con su cestito y llevando el Destino.



XII

ERAN las diez de la noche cuando Pedro y Narciso, que habían comido en el café de Roma, en donde se entretuvieron charlando durante largo rato, bajaron á pie por el Corso, para dirigirse al palacio Buongiovanni. Pasaron grandes trabajos para llegar hasta la puerta, á la que los carruajes se acercaban en apretadas filas, y la multitud de curiosos, allí delante parados, se desbordaba, invadía el arroyo de la calle, á pesar de los esfuerzos de los agentes, y se hizo tan compacta que los caballos no podían adelantarse. En la gran fachada monumental, resplandecían las diez ventanas del primer piso con una gran claridad blanquecina, la claridad de pleno día, de las luces eléctricas, que iluminaba, como con el resplandor del sol, la calle, los carruajes atascados en la oleada humana, el flujo y reflujo de cabezas apasionadas y ardientes en medio de un tumulto extraordinario de gritos y de gestos.

Había allí algo más que la curiosidad acostumbrada en esos casos, para ver pasar los uniformes y los elegantes trajes de las mujeres que se apeaban de los carruajes, porque Pedro oyó al poco rato que aquella multitud estaba esperando la llegada del rey y la reina, que prometieron asistir á aquella recepción de gala, y que el príncipe Buongiovanni daba para celebrar los esponsales de su hija Celia con el teniente Attilio Sacco, hijo de uno de los ministros de la corona. Además de esto, aquel matrimonio era un acontecimiento, el venturoso desenlace de una historia de amor que apasionaba á la ciudad entera, el relámpago, la pareja tan joven y tan hermosa, la fidelidad obstinada, victoriosa de los obstáculos, y eso en novelescas condiciones, cuyo relato circulaba de boca en boca, haciendo que se humedeciesen los ojos y latiesen con fuerza todos los corazones.

Esa era la historia que á los postres y de sobremesa, mientras esperaban á que diesen las diez, había contado Narciso á Pedro, que estaba enterado de ella en parte. Se afirmaba, que si el príncipe cedió al fin, después de una escena espantosa, no lo hizo más que ante el temor de ver que Celia se marchaba cualquier día del palacio, apoyada en el brazo de su novio. No amenazó jamás con hacerlo, pero había en su cabeza de virgen ignorante un desprecio tal de todo lo que no era su amor, que se comprendía era capaz de cometer las peores locuras, cometidas ingenuamente. La princesa, su esposa, se mostró apartada de la cuestión, como buena inglesa, flemática, hermosa aún y que creía haber hecho bastante por la casa aportando los cinco millones de su dote y dando cinco hijos á su marido. El príncipe, inquieto y débil en sus violencias, en las que se re-

velaba la antigua sangre romana, echada ya á perder por su mezcla con la de una raza extranjera, no obraba nunca más que bajo el temor de ver derrumbarse su casa y su fortuna, que hasta entonces permanecieran intactas en medio de las ruínas acumuladas del patriado. Y al ceder, por fin, había debido obedecer á la idea de resellarse por medio de su hija, para tener un pie sólidamente apoyado en el Quirinal, sin retirar, sin embargo, el otro del Vaticano. Era aquello una vergüenza que abrasaba; su orgullo sangraba al unirse á esos Sacco, á esos salidos de la nada; pero Sacco era ministro; había recorrido tan de prisa su camino, de éxito en éxito, que parecía que aun no llegaba al fin, y que podría conquistar después de la cartera de Agricultura, la de Hacienda, que era la ambicionada desde hacía mucho tiempo. Al lado de Sacco estaba el favor seguro del rey, la retirada á cubierto por esa parte si el papa llegaba á hundirse algún día. Además, el príncipe habíase informado acerca de Attilio, y quedó desarmado al verlo tan apuesto y valiente, tan lleno de rectitud, que era el porvenir tal vez de la Italia gloriosa del mañana, y como era soldado podría ascender hasta los grados más elevados.

Se añadía malignamente que otra razón que había decidido al príncipe, que era muy avaro y estaba desesperado al tener que repartir su fortuna entre sus cinco hijos, fué la de poder dar á su hija una dote irrisoria. Y entonces, una vez consentido el casamiento, decidió celebrar los esponsales con una fiesta que produjese mucho efecto, como se daban muy pocas en Roma, las puertas abiertas de par en par á las dos sociedades, los reyes invitados á la fiesta, y el palacio centelleante de luz y de lujo, hasta el punto de gastar en esa noche

mucho de ese dinero con tanta energía defendido; pero queriendo demostrar por bravata, que no estaba vencido, y que los Buongiovanni no ocultaban nada ni por nada tenían que avergonzarse. A decir verdad, se pretendía que esta soberbia ostentación que no procedía de él, sino que le había sido inspirada, y sin que ni él mismo lo sospechase ni de ello tuviese conciencia por Celia, la tranquila, la inocente que deseaba mostrar su felicidad apoyada en el brazo de Attilio, ante Roma entera, que aplaudía esa historia de amor que acababa bien, como sucede en los hermosos cuentos de hadas.

—¡Diablo!—exclamó Narciso, al que una oleada de la muchedumbre inmobilizó.—A este paso nunca llegaremos arriba. ¡Han invitado á toda la ciudad!

Y como Pedro se admirase al ver pasar una carroza con un prelado, añadió:

—¡Oh! Váis á codearos con más de uno. Si los cardenales no se atreven á venir, á causa de la presencia de los soberanos, con seguridad que no faltará la prelatura. Se trata de un salón neutro, en el que ambas sociedades, la blanca y la negra, pueden fraternizar. Y después, como las fiestas no son tan numerosas, se aprovecha la ocasión.

Explicó entonces Narciso que, fuera de los dos bailes que daba la corte durante el invierno, se necesitaba que concurriesen circunstancias excepcionales para decidir al patriciado á que diese fiestas semejantes. Dos ó tres salones negros eran los que aun daban un baile una sola vez y al terminar el carnaval; pero por todas partes los bailes de confianza, las reuniones íntimas, substituían á las recepciones fastuosas. Algunas princezas señalaban sencillamente un día á la semana para

recibir. Y en cuanto á los contados salones blancos, conservaban igual intimidación, mezclada más ó menos, porque no se había abierto ningún salón, cuya dueña hubiese llegado á ser la reina indiscutible del nuevo mundo.

—Al cabo, hemos llegado,—dijo Narciso en la escalera.

Pedro le dijo con inquietud:

—No nos separemos. No conozco más que á la desposada y para eso muy poco, y tengo deseos de que me presentéis.

Pero todavía era grande y rudo el esfuerzo que tenían que hacer para subir la amplia escalera, en la que de un modo extraordinario se agolpaba la muchedumbre de invitados que llegaba á cada momento. Ni en las épocas anteriores, cuando se empleaban con profusión las velas de cera y las lámparas de aceite, no había resplandecido tanto con un esplendor tan grande de luz. Numerosas lámparas eléctricas formaban ramilletes en los maravillosos candelabros de bronce que adornaban los descansillos. Los fríos estucados de las paredes estaban ocultos bajo una serie de grandes y magníficos tapices, la historia de Psquis y del Amor, unas verdaderas maravillas que pertenecían á la familia desde la época del Renacimiento. Una gruesa alfombra ocultaba el gastado pavimento, y unos cuantos macizos de plantas verdes, entre las que descollaban unas palmeras muy grandes, adornaban los rincones. Afluía allí una sangre nueva, caldeando aquella antigua vivienda, una oleada de vida que subía con la oleada de sonrientes mujeres que olían muy bien y llevaban los hombros al descubierto é iban cubiertas de diamantes.

Cuando estuvieron arriba, Pedro vió enseguida en

la entrada del primer salón al príncipe y á la princesa Buongiovanni, en pie, el uno al lado del otro, y recibiendo á sus convidados. El príncipe, un rubio alto y delgado que empezaba á encanecer, tenía los ojos pálidos del Norte que le había legado su madre en el rostro enérgico de un antiguo capitán de los papas. La princesa, mujer de rostro pequeño y delicado, aparentaba tener apenas treinta años, cuando había pasado ya de los cincuenta, y seguía siendo linda, con una serenidad sonriente que nada desconcertaba, y resueltamente feliz al poderse adorar á sí misma. Llevaba un traje de raso color rosa, y resplandecía con un magnífico aderezo de rubís muy grandes que parecían iluminar con pasajeras ráfagas de luz su cutis fino y su sedoso cabello de rubia. Y de los cinco hijos, el mayor estaba viajando, y las otras tres hijas, como muy niñas aún, estaban en el colegio; de modo que era Celia la única que estaba allí, con un sencillo vestido de muselina blanca, rubia también, deliciosa, con sus ojazos de inocencia y su boquita de candor, conservando, hasta el fin de su aventura de amor, su aire de gran lirio cerrado. Hacía muy poco que habían llegado los Sacco, y Attilio, que se quedó al lado de su prometida, llevaba su sencillo uniforme de teniente, pero tan ingenua y francamente dichoso con su gran felicidad, que su hermosa cabeza, con boca de ternura, resplandecía con brillo extraordinario de juventud y de fuerza. Los dos, el uno al lado del otro, en ese triunfo de su pasión, aparecían desde el umbral como representación de la alegría, de la salud misma, de la vida, de la esperanza ilimitada, con promesas para el día siguiente, y cuantos invitados pasaban por allí veíanlos así, no pudiendo por menos de sonreír, de enternecerse, olvidando su

curiosidad malsana y parlanchina, hasta el extremo de entregar su corazón á aquella pareja amorosa tan hermosa y digna de admiración.

Se adelantó Narciso para presentar á Pedro; pero Celia no le dió tiempo, pues avanzó un paso, saliéndole al encuentro y acompañándole á donde estaban su padre y su madre, le dijo:

—El señor abate Pedro Froment, un amigo de mi querida amiga Benedetta.

Cambiáronse ceremoniosos saludos, y á Pedro le encantó la gracia juvenil de la princesita, que le dijo enseguida:

—Benedetta vendrá más tarde en compañía de Darío y de su tía, ¡qué contenta debe estar esta noche! ¡Ya veréis qué hermosa está!

Felicitáronla, entonces, Pedro y Narciso; pero no pudieron permanecer allí, porque la ola los empujaba. El príncipe y la princesa no tenían tiempo más que para saludar con un movimiento de cabeza, amable y continuo á la multitud que los rodeaba y ahogaba. Y Celia, después de presentar los dos amigos á Attilio, tuvo que volver á ocupar al lado de sus padres su puesto de reina de la fiesta.

Narciso conocía un poco á Attilio, y hubo nuevas felicitaciones y se cambiaron apretones de manos. Después, impulsados por la curiosidad, maniobraron de manera que se pudieron quedar durante un momento en ese primer salón, pues el espectáculo que allí se presenciaba, valía la pena. Era una habitación espaciosa, tapizada toda ella de terciopelo verde con flores de oro, á la que llamaban la sala de las armaduras, y que, efectivamente, encerraba una muy notable colección de éstas, de corazas, de hachas, de armas y de espadas que

casí todas habían pertenecido á los Buongiovanni, que las usaron en los siglos XV y XVI. Y en medio de tan rudos instrumentos de guerra, destacábase una preciosa silla de manos adornada con dorados y delicadas pinturas, en la cual la célebre Bettina, una belleza legendaria, bisabuela del Buongiovanni actual, hacía que la llevasen á los oficios. En las paredes no se veían más que cuadros históricos, batallas, firmas de tratados ó recepciones reales, todo aquello, en fin, en que los Buongiovanni habían desempeñado un papel importante; esto dejando aparte los retratos de familia, erguidas figuras de orgullosa presencia, capitanes de tierra y de mar, grandes dignatarios de la Iglesia, prelados, cardenales, y entre los que, en el sitio de más honor, figuraba un papa, un Buongiovanni, revestido con la blanca sotana, y cuyo advenimiento al solio pontificio, enriqueció á toda su numerosa descendencia. Y en medio de aquellas armaduras, al lado de la preciosa silla de manos, al pie de esos altaneros retratos, era en donde se habían detenido ellos también hacía un momento, los Sacco, marido y mujer, á pocos pasos de los dueños de la casa, para recibir su parte en los saludos y en las felicitaciones generales.

—Miradlos, ahí están, los Sacco,—dijo Narciso en voz muy baja á Pedro,—ahí enfrente de nosotros, ese hombrecillo negro y esa señora que lleva un vestido oscuro de seda.

Reconoció Pedro á Stefana, á la que había visto un día en casa del tío de ella, del anciano Orlando, y la vió como entonces con su rostro claro, iluminado por amable sonrisa y de rasgos delicados, menuditos, que una gordura prematura empezaba á borrar; pero fué el marido el que le interesó más; un moreno huesoso, con

ojos grandes que se destacaban sobre su tez amarillenta, barba prominente y nariz de pico de buitre, una alegre careta de polichinela napolitano que danzaba, chillaba y de un buen humor tan invasor que cuantos le rodeaban sentían pronto el ascendiente. Tenía además una facundia extraordinaria y sobretudo una voz que era un instrumento de conquista y de encanto incomparables. Nada más que viéndole en aquel salón ganar tan fácilmente todos los corazones, se comprendían sus éxitos rápidos, asombrosos en medio del mundo tan brutal y mediocre de la política. Por lo que hacía al casamiento de su hijo había maniobrado con rara destreza, afectando una delicadeza extremada poniéndose en contra de Celia y hasta del mismo Attilio, manifestando que se negaba á dar su consentimiento por que no quería que se dijese nunca de él que trató de apoderarse de un título y de una dote. No cedió hasta después de estar conformes los Buongiovanni y de consultar antes al anciano Orlando cuya elevada lealtad heroica era proverbial en toda Italia; tanto más cuanto que al obrar así sabía que iba en busca de una aprobación, por que el héroe no se recataba para decir en voz muy alta que los Buongiovanin debían considerarse muy honrados al acoger en su familia á su sobrino, un apuesto muchacho, de corazón sano y animoso que regeneraría su vieja sangre agotada haciéndola á su hija hermosos muchachos. Y Sacco, en todo ese negocio, se sirvió de una manera maravillosa del nombre legendario de Orlando, haciendo valer su parentesco, dando pruebas de una veneración poco menos que filial hácia el glorioso fundador de la patria y haciendo como que no sabía hasta que punto le despreciaba y execraba, de-

esperado por su llegada al poder, pues estaba convencido de que llevaría el país á la ruina y á la vergüenza.

—¡Ah!—añadió Narciso encarándose con Pedro.— ¡Ahí tenéis á un hombre hábil y práctico al que impresionan poco las bofetadas! Según parece en los Estados que andan apurados ó que atraviesan crisis morales, políticas ó económicas es muy conveniente la existencia de esos hombres que carecen de escrúpulos. Se dice que éste, con su aplomo imperturbable, la ingeniosidad de su espíritu y sus infinitos recursos de resistencia, que no retroceden ante nada, conquistó por completo el favor real... Pero vedle, fijaos en él! cualquiera, al verle, diría que es ya el amo de este palacio en medio de la oleada de cortesanos que le rodea!

En efecto, los convidados que saludaban y pasaban por delante de los príncipes Buongiovanni se agrupaban luego al rededor de Sacco por que éste representaba el poder, los empleos, las pensiones, las condecoraciones y si se le sonreía al encontrarle allí con su flacura negra y turbulenta, entre los grandes antepasados de la casa, se le adulaba como á una potencia nueva, como á esa fuerza democrática, tan poco formada aún, que se levantaba en todas partes hasta en el vetusto suelo romano en que el patriciado yacía en ruínas.

—¡Dios mío! ¡Cuánta gente!—murmuró Pedro.— ¿Quiénes son todos esos?

¡Oh!—respondió Narciso.—Ahí hay una mezcla muy grande. No son exclusivamente de la sociedad blanca ni de la negra; ya se han convertido en la sociedad gris. La evolución era fatal, irremediable, pues la intransigencia del cardenal Boccanera no puede ser la de un pueblo, la de una ciudad entera. El papa será únicamente el que diga siempre que no y permanecerá in-

mutable; pero, en tanto, todo á su alrededor marcha é invenciblemente se trastorna. De tal manera sucede esto que, dentro de algunos años y á pesar de todas las resistencias, Roma será italiana. Habéis de saber que ahora cuando un príncipe tiene dos hijos el uno se queda en el Vaticano y al otro lo manda al Quirinal ¿no es verdad que hay que vivir? Esas grandes y antiguas familias, que están en peligro de muerte, no tienen valor bastante para llevar el heroísmo hasta el suicidio... Y ya os dije que aquí estábamos en un terreno neutral, por que el príncipe Buongiovanni ha sido uno de los primeros que ha comprendido la necesidad de la conciliación. Comprende que su fortuna está muerta y no se atreve á arriesgarla ni en la industria ni en los negocios y en cambio la ve desmigada entre sus cinco hijos que á su vez tendrán que desmigarla más entre los suyos, y por esa causa fué por la que se puso de parte del rey sin querer, por exceso de prudencia, romper con el rey... Así veréis en este salón la imágen exacta del desorden, de la mescolanza que reina en las opiniones de todos lo mismo que en las ideas del príncipe.

Interrumpió un momento su disertación para ir nombrando á los personajes que entraban en los salones.

—¡Mirad! Ahí viene un general al que quieren mucho todos, después de su última campaña en Africa. Esta noche habrá aquí muchos militares, los superiores todos de Attilio á los que han invitado para formar como una aureola de gloria al joven... Ahí llega el embajador de Alemania y es de suponer que el cuerpo diplomático venga casi todo él á causa de la presencia de sus majestades... Ahí tenéis un contraste ¿veis aquel hombre grueso que está allá en el fondo? Pues es un

diputado muy influyente, un enriquecido de pronto de la nueva burguesía. Hace treinta años no era ni más ni menos que un colono del príncipe Albertini, uno de esos *mercanti* de la campiña que recorren ésta en busca de negocios, calzados los pies con fuertes botas y cubierta la cabeza con un hongo ordinario... Ahora fijate en ese prelado que entra.

—A ese le conozco,—respondió Pedro.—Es monseñor Fornaro.

—Perfectamente: monseñor Fornaro, es decir, un personaje. Recuerdo que me dijisteis que era el relator encargado de dar dictámen acerca de vuestro libro. ¡Es un prelado delicioso! ¿Os fijásteis en la reverencia con que saludó á la princesa? ¡Y que apostura más noble que gracia y elegancia bajo su manteo de seda violeta!

Continuó Narciso enumerando de este modo príncipes y princesas, duques y duquesas, hombres políticos, funcionarios, diplomáticos, ministros, burgueses y oficiales, la más increíble mescolanza sin contar con la colonia extranjera, ingleses, americanos, alemanes, españoles, rusos, la antigua Europa y las dos Américas. Después, bruscamente, volvió á ocuparse de los Sacco, de la señora Sacco, para contar los heroicos esfuerzos que ésta había hecho con el buen pensamiento de ayudar las ambiciones de su marido abriendo un salón. Aquella mujer afable, de aire tan modesto, era una persona muy astuta, dotada de las más sólidas cualidades, de la paciencia y de la resistencia piamontesas, del orden y de la economía. Así en el hogar era la que restablecía el equilibrio que comprometía el marido con su exhibición de berancia. La debía mucho Sacco sin que nadie lo sospechase; pero hasta entonces no había conseguido abrir a los últimos salones negros un salón blanco que

tuviese un verdadero predominio. No se reunían en el suyo más que las personas de su clase, no habiéndose nunca presentado en él ningún príncipe; los lunes se bailaba en su casa como se hacía en otros veinte salones de la burguesía sin brillo y sin poderío. El verdadero salón, desde el que se dirigiesen los hombres y las cosas y dueño de Roma permanecía aún en estado de quimera.

—Observad su sonrisa insignificante mientras se fija y examina cuanto la rodea,—añadió Narciso—pues estoy seguro de que se está instruyendo y formando planes para el porvenir. Al presente se va unir á una familia de príncipes y quien sabe si confía en que más adelante podrá reunir en su salón lo más selecto de la sociedad.

La multitud llegó á ser tan grande en aquella sala, que era, sin embargo, muy espaciosa, que se ahogaban al verse empujados y estrujados contra una pared. Por esto el agregado á la embajada, hizo que Pedro le siguiese dándole detalles acerca de ese primer piso del palacio, uno de los más suntuosos de Roma y célebre por la magnificencia de las habitaciones destinadas á las recepciones. Se bailaba en la galería de cuadros, una gran sala que tenía veinte metros de largo, de aspecto regio, repleta de obras maestras y cuyas ocho ventanas daban al Corso. El *buffet* habíanlo puesto en la sala de las Antigüedades, una sala de mármol en la que se veía una Venus descubierta cerca del Tiber y que rivalizaba con la del Capitolio. A éste seguían otros salones, todos maravillosos, y que conservaban aún todo el lujo antiguo, tapizados con las telas más raras y costosas y en los que se veían, entre su mobiliario, algunos restos del de antaño que contemplaban los anticuarios

con codicia y al acecho, con la esperanza de la ruina próxima é inevitable. Entre todos esos salones había uno famoso, el saloncito de los espejos, una habitación redonda estilo Luis XV que tenía las paredes completamente cubiertas de espejos, con los marcos de madera tallada, de una riqueza soberana y de un rococo que podía llamarse exquisito.

—Dentro de poco veréis todo eso—dijo Narciso—y mientras tanto entremos aquí si es que deseamos respirar un poco. Aquí es á donde han traído los sillones de la galería inmediata para las damas hermosas, deseosas de sentarse, de ser vistas y amadas.

El salón en que se hallaban era de los más espaciosos y tapizaban sus paredes ricos paños de terciopelo de Génova, del más hermoso que haya podido verse, de ese terciopelo antiguo á la jardinera, que tiene el fondo como raso claro sobre el que se destacan flores de brillantes colores, pero en las que, los matices verdes, azules ó rojos, han palidecido de una manera divina, adquiriendo el tono suave y marchito de secas flores de amor. Había allí, en consolas y en vitrinas, los más preciosos objetos de arte del palacio, cofrecillos de marfil, maderas talladas, pintadas y doradas, piezas de orferería, un amontonamiento de maravillas. Y en efecto, en aquellos numerosos asientos habíanse ya refugiado muchas señoras huyendo del barullo, formando grupitos en los que se reía y charlaba con los pocos hombres que acertaron á descubrir aquel rincón de gracia y de galantería. No había cosa más agradable á la vista, á la viva luz de las lámparas, que aquel conjunto de hombres desnudos de la tersura de la seda y de nuca esbeltas sobre las que remataban las cabelleras negras ó rubias. Los desnudos brazos salían de entre el abullo-

nado encantador de los trajes y de los encajes semejantes á flores vivas de carne. Los abanicos se movían con lentitud como para avivar los fuegos de las piedras preciosas, esparciendo á cada movimiento aroma de mujer, mezclado al perfume dominante de las violetas.

—¡Mirad! Allá abajo está nuestro amigo monseñor Nani saludando á la embajadora de Austria.

En cuanto Nani vió á Pedro y á su acompañante, se acercó á ellos, y los tres se metieron en el hueco de una ventana para poder hablar durante un momento más á sus anchas. Sonreía el prelado como encantado de la belleza de la fiesta, pero conservando al hacerlo la serenidad de un alma triplemente acorazada por la inocencia, en medio de aquellos grupos de hermosas mujeres de desnudos hombros, á las que parecía no ver.

—¡Ah! ¡Cuán contento estoy al encontraros, mi querido hijo!—dijo á Pedro—¿Y bien qué os parece Roma cuando nos ponemos á dar bailes?

—¡Qué es soberbia, monseñor!

Habló Nani con enternecimiento de la gran piedad de Celia, y afectó no ver en el príncipe y en la princesa más que unos adictos al Vaticano, para honrar de ese modo la fastuosa fiesta, sin dar á entender que sabía que de un momento á otro, debían llegar el rey y la reina. Luego de pronto.

—Durante todo el día estuve acordándome de vos, querido hijo. Había sabido que fuistéis á visitar al cardenal Sanguinetti para tratar de vuestro asunto... Veamos, veamos, ¿cómo os recibió?

—¡Oh! ¡Muy paternalmente! Ante todo, me hizo saber que le ponía en grave compromiso su situación de protector de Lourdes; pero en el momento en que me

marchaba, se mostró muy amable, y me prometió acudir en mi auxilio con una delicadeza que me conmovió.

—¡De veras, querido hijo! Todo esto no debe extrañaros por qué su eminencia es muy buenol

—Y debo añadir, monseñor, que salí de allí sumamente complacido y más animoso, lleno de esperanza. En adelante me parecerá que mi pleito está medio ganado.

—Es muy natural, y lo comprendo perfectamente.

Sonríase, como siempre Naní, con su sonrisa de hombre inteligente, aguzada por un sí es no es de ironía, pero tan discreta, tan velada, que no se sentía la picadura. Después de un corto silencio, añadió con mucha sencillez.

—La desgracia está en que han condenado vuestro libro anteayer en la Congregación del Índice, que se reunió exprefeso, en virtud de convocatoria especial del secretario, y la sentencia la han de llevar pasado mañana á la firma de su santidad.

Contemplóle Pedro aturdido; el hundimiento del antiguo palacio sobre sus hombros, no le habría producido más afecto ¡todo estaba concluído! El viaje que había hecho á Roma, la experiencia que intentó todo iba á pasar á esa derrota, cuya noticia llegaba á sus oídos tan bruscamente y en medio de aquella fiesta! ¡Y ni siquiera había podido defenderse, perdiendo los días sin encontrar á quién hablar, ni ante quién alegar en favor de su causa! La cólera fuese apoderando de él, y no pudo por menos de decirse á media voz con profunda amargura;

—¡Cómo me han engañado! Ese cardenal que esta mañana me decía: ¡Si Dios está á vuestro lado, os salvará aún á pesar vuestro! Sí, sí, ahora lo comprendo,

jugaba el vocablo y no me deseaba más que un desastre para que la sumisión me ganase el cielo... ¡Someterme! ¡Ah! ¡No puedo! ¡Nó, no puedo hacerlo aún! Tengo el corazón demasiado henchido de indignación y de pena.

Escuchábale y estudiábale Naní con mucha curiosidad.

—No hay nada definitivo aún, querido hijo, mientras que el papa no firme. Podéis disponer del día de mañana y hasta con el de pasado mañana. Un milagro es siempre posible.

Y bajando la voz, llevándole aparte mientras que Narciso, como estético aficionado á los cuellos largos y á las gargantas pueriles examinaba á las damas, le dijo:

—Escuchad: tengo que comunicaros una cosa, pero con el mayor secreto. Dentro de un momento y durante el cotillón, procurad reuniros conmigo en el saloncito de los espejos. Allí podremos hablar con libertad.

Prometiolo Pedro haciendo un signo de asentimiento y discretamente alejose el prelado perdiéndose entre la multitud; pero al presbítero le zumbaban los oídos y no podía esperar más: ¿qué iba á hacer en un día, puesto que había perdido tres meses sin conseguir siquiera que le recibiese el papa? En medio de su aturdimiento oyó á Narciso que le hablaba de arte.

—Es una cosa que asombra el ver como se ha deformado el cuerpo de la mujer en estos tiempos de democracia. Se engruesa y se hace horrorosamente vulgar. Mirad ahí, delante de nosotros, no hay ni una sola que tenga la línea florentina; el seno pequeño, el cuello desprendido y régio...

Interrumpió lo que decía para exclamar:

—¡Ah! ved aquí una que está bastante bien, esa ru-

bia que lleva bandós. ¡Mirad! Es esa á la que monseñor Fornaro se acerca en este momento.

Desde hacía un momento que monseñor Fornaro iba de hermosa dama en dama hermosa, acercándose á ellas con aire de amable conquista. Tenía aquella noche un aspecto soberbio con su elevada talla decorativa, sus mejillas llenas y su buena gracia victoriosa. No circulaba acerca de él ninguna historia escandalosa y se le aceptaba sencillamente como un prelado galante, al que le agradaba la compañía de las mujeres. Se detenía, charlaba, se inclinaba sobre los desnudos hombros, los rozaba, los respiraba con los lábios húmedos y los ojos rientes, con una especie de devoto embeleso.

Vió á Narciso al que solía ver algunas veces, y se adelantó por lo que el agregado tuvo que saludarle.

—¿Seguís bien, monseñor, desde que tuve el honor de veros en la embajada?

—¡Así! Sí, muy bien..., muy bien, ¡oh! ¡Qué fiesta más deliciosa!

Pedro se inclinó; era aquél el hombre que con su dictámen había hecho que condenasen su libro y más que nada, le reprochó su aire de caricias y las promesas fallaces de su acogida tan amable. Pero el prelado, que era muy ladino, debió comprender que Pedro se había enterado de lo resuelto por la congregación, y le pareció que lo más digno, era no dar muestras de reconocerle directamente. Y se limitó por su parte á inclinar la cabeza con una ligera sonrisa.

—¡Cuánta gentel!—repitió—¡Y que personas más bellas hay entre la concurrencia! Dentro de poco no se va á poder dar un solo paso por este salón.

A la sazón todos los sillones estaban ocupados por

señoras, y se empezaba á no poder respirar en medio de aquel perfume de violetas que caldeaba el olor más fuerte de las nuca rubias ó morenas. Los abanicos se movían con más ligereza, elevábanse algunas risas más altas entre el creciente murmullo, todo un rumor incesante de conversaciones, de entre las cuales podían distinguirse algunas palabras. A la cuenta había circulado de pronto alguna noticia, un rumor que pasaba de grupo en grupo y que encendía la fiebre entre éstos.

Monseñor Fornaro, muy al corriente de lo que pasaba, quiso dar por sí mismo la noticia que aun no se atrevían á decir en alta voz.

—¿Sabéis que es lo que las apasiona á todas?

—¿La salud del Santo Padre?—preguntó Pedro, no sin alguna inquietud.—¿Será que se habrá agravado esta noche?

Contemplóle asombrado el prelado, y después con algo de impaciencia, le dijo:

—¡Oh! ¡No! ¡No! Su santidad sigue muchísimo mejor ¡á Dios gracias! Alguién que pertenece al Vaticano me dijo hace un momento que había podido levantarse esta tarde, y recibir á sus íntimos, como acostumbra á hacerlo.

—De todos los modos han tenido mucho miedo,—dijo á su vez Narciso interrumpiéndole,—confieso que en la embajada no estábamos muy tranquilos, porque un cónclave en estos momentos, sería una cosa muy grave para Francia, que no tendría ningún poder, porque nuestro gobierno republicano ha hecho muy mal en tratar al papado como una cantidad que no se debe tener en cuenta. Lo que hay es que ¿se ha sabido nunca cuando el papa ha estado realmente enfermo ó no? He averiguado de una manera indubitable que el in-

vierno pasado, estuvo realmente á la muerte cuando nadie decía una palabra de su enfermedad, mientras que la última vez que todos los periódicos le mataban hablando de una bronquitis, le ví yo, que os estoy hablando, muy ágil y muy alegre. Creo que se pone malo cuando es necesario.

Con gesto lleno de apresuramiento, descartó monseñor Fornaro ese tema inoportuno.

—No, no, ya se han tranquilizado, y no se habla más del asunto... Lo que apasiona á esas señoras, es que la congregación del Concilio, ha votado hoy la anulación del matrimonio en el pleito Boccanera-Prada, por una gran mayoría de votos.

Emocionóse Pedro otra vez. No habiendo tenido tiempo, á su regreso de Frascati, de hablar á nadie en el palacio de Boccanera, temió que la noticia fuese falsa. Y el prelado se creyó obligado á dar su palabra de honor.

—La noticia es verdadera; la se de labios de un miembro de la congregación.

Bruscamente se excusó y se escapó diciendo:

—¡Dispensadme! Ahí hay una señora á la que no había visto, y á la que quiero saludar.

Sin perder momento, se dirigió hacia aquella señora, mostrándose muy solícito en su presencia. No pudiéndose sentar, permaneció en pié delante de ella, encorvando su elevada estatura, como si hubiese querido envolver bajo el roce del manteo de seda violeta y con su galante cortesía á aquella mujer tan joven, tan fresca y tan descotada, que se reía con toda su alma.

—¿Conocéis á esa señora?—preguntó Narciso á Pedro—¿Nó? ¿De veras? Pues es la buena amiga del conde Prada, la muy encantadora Lisbeth Kauffmann, que

acaba de darle un robusto muchacho y que vuelve á presentarse en sociedad esta noche por primera vez, desde que ocurrió eso. Debéis saber que es alemana, y que perdió aquí á su marido, y que pinta un poco, y por cierto no del todo mal. Se las perdonan muchas cosas á esas señoras de la colonia extranjera, y ésta precisamente es muy estimada, por el buen humor con que recibe á sus visitas en su diminuto palacio de la calle del Príncipe Amadeo. ¡Figuraos si se divertirá oyendo las noticias que circulan acerca de la anulación del matrimonio!

Era realmente exquisita Lisbeth, muy rubia, muy sonrosada, muy alegre, con su cutis terso como la seda, su rostro de lechosa blancura, sus ojos tan tiernamente azules y su boca cuya amable sonrisa era célebre por su gracia. Y con su elegantísimo traje de seda blanca sembrada de lentejuela de oro, tenía, y sobre todo aquella noche, una alegría tal de vivir, una certidumbre tan grande de ser dichosa, de sentirse libre, de ser amante y amada que parecían contribuir á su triunfo la noticia que á su alrededor circulaba de boca en boca, y las malignidades murmuradas en voz baja tras los abanicos. Todas las miradas se fijaron en ella durante un momento, y se repetían sus palabras á Prada cuando estaba en cinta de un hombre, al que la Iglesia declaraba impotente aquel día: «¡pobre amigo mío! ¡Es por un pequeño Jesús por el que voy á parir!» Y se oían risas ahogadas, circulaban irrespetuosas bromas de boca á oído, mientras que Lisbeth, radiante en su insolente serenidad, aceptaba con embeleso las galanterías de monseñor Fornaro, que la felicitaba por un cuadro, representando una Virgen del Lirio, enviado por ella á una exposición.

¡Ah! ¡Esa anulación del casamiento, que hacía el gasto de la crónica escandalosa de Roma de un año á aquella parte, que rumor levantó tras sí, al caer en medio de la animación de aquel baile! La sociedad negra, lo mismo que la blanca, habíanlo escogido hacía mucho tiempo como campo de batalla, para cambiar las más increíbles maledicencias, habladurías sin fin é historias de esas que dan sueño. Y todo había concluído aquella vez: el Vaticano imperturbable se atrevía á decretar la anulación, bajo el pretexto de que el matrimonio no había podido consumarse, á consecuencia de la impotencia del marido. Con su libre excepticismo iba á reirse Roma entera, desde el momento en que se trataba de los asuntos de dinero de la Iglesia. Nadie ignoraba los incidentes de la lucha; Prada, rebelándose y negándose á comparecer; los Boccanera que, llenos de inquietud, revolviéron el cielo y la tierra y el dinero distribuído entre las hechuras de los cardenales para comprar la influencia de éstos, y la suma de importancia con que habían pagado indirectamente el informe, al fin favorable, de monseñor de Palma. Se hablaba de más de cien mil francos en total, y nadie lo encontraba caro, porque, otro divorcio, el de una condesa francesa, había costado cerca de un millón. ¡El Santo Padre tenía tantos gastos! Y esto, por otra parte, no chocaba á nadie y todos se limitaban á bromear maliciosamente, los abanicos seguían moviéndose entre el creciente calor, las señoras experimentaban un estremecimiento de placer, bajo el vuelo de palabras ligeras, apenas murmuradas, que rozaban sus desnudos hombros.

—¡Oh! ¡Qué contenta debe estar la *contessina!*—replicó Pedro.—No había podido comprender, porque nos dijo su amiguita que iba esta noche á estar tan con-

tenta y á ser tan feliz. . Y será sin duda, á causa de eso, por lo que va á venir la *contessina*, que desde que empezó su pleito, se consideraba como llevando de luto.

Lisbeth, cuya mirada se cruzó con la de Narciso, le sonrió y tuvo que ir á saludarla á su vez, porque la conocía á causa de haber estado en su estudio, lo mismo que toda la colonia extranjera. Volvía al lado de Pedro, cuando una nueva emoción pareció agitar los adornos, diademas de diamantes y las flores que engalanaban aquellas cabelleras. Algunas cabezas se volvieron y los murmullos fueron en aumento.

—¡Ah! ¡Es el conde Prada!—exclamó Narciso maravillado—¡Qué buena apostura tiene! ¡Vestidle de terciopelo y de oro, y veréis que hermosa figura de aventurero del siglo xv, os resulta! ¡Uno de esos que probaban todos los goces y no se detenían ante nada!

Entró Prada muy sereno, muy dueño de sí, alegre y casi triunfante. Y en efecto, por cima de la blanca pechera de la camisa que se destacaba recortada por las solapas del frac negro, tenía realmente una elevada expresión de presa, de dominación, con sus ojos francos y duros, su enérgica faz cortada por el poblado bigote negro. Nunca como entonces, su boca voraz mostró su dentición de carnívoro, con una sonrisa más embelesada de lobo. Con una ojeada rápida examinó, desnudó á todas las mujeres. Después, en cuanto vió á Lisbeth tan niña, sonrosada y blanca, en su rostro se dulcificó esa expresión. Se acercó abiertamente á ella, sin inquietarse lo más mínimo por la ardiente curiosidad de que era objeto. Se inclinó y habló bajo un momento, en el instante en que monseñor Fornaro le cedió su puesto. Sin duda, la joven le confirmó la noticia que circulaba,

porque hizo un gesto y se ríó un poco forzadamente al incorporarse.

Fué entonces cuando vió á Pedro y se reunió con él en el hueco de una ventana. Estrechó también la mano de Narciso, y con su acostumbrada bravata, dijo enseñada:

—Ya recordaréis lo que os dije al regresar esta tarde de Frascati: pues bien, parece que es cosa hecha, y que han anulado mi casamiento. Esto me pareció tan impudente, tan escandalosamente grande y tan estúpido, que no quise creerlo, cuando hace un momento que me lo dijeron.

—¡Oh! La noticia es cierta,—se permitió declarar Pedro.—Hace poco que nos la confirmó monseñor Fornero, á quien se la había dado un miembro de la congregación. Se asegura que la decisión se tomó por gran mayoría.

Una carcajada sacudió á Prada.

—¡Nó! ¡Nó! ¡Nó es posible idear una farsa semejante! Es la bofetada más atroz que he visto dar nunca á la justicia, y al buen sentido ¡Ah! Si consiguiesen también que se anulase el matrimonio civil, y si mi amiga, que veis allá abajo, consintiese en ello, como se iban á divertir en Roma! ¡Ya lo creo! Como que me casaría con gran pompa en Santa María la Mayor. ¡Y hay por ahí un queridísimo chiquitín que podría asistir á la fiesta en brazos de su nodriza!

Y se reía alto, muy alto, mostrábase demasiado brutal en esa alusión á su hijo, prueba viva de su virilidad. ¿Sufría pues para tener en los labios un pliegue que los contraía y hacía quedasen al descubierto sus blancos dientes? Se comprendía estaba estremecido, en lucha

contra el despertar de una pasión sorda, tumultuosa, que no quería confesarse á sí mismo.

—¿Y vos, querido Froment, conocéis la otra noticia?—preguntó con viveza—¿Os han dicho que la condesa va á venir?

—Me lo acaban de decir,—respondió Pedro.

Vaciló un momento, antes de añadir, cediendo al deseo de evitar toda sorpresa enojosa.

—Y sin duda, veremos también aquí al príncipe Darío, porque no se marchó á Nápoles, como os dije. Creo que á última hora se presentó un impedimento, que estorbó el viaje. Prada dejó de reír y se limitó á murmurar, poniendo de pronto, una cara muy seria.

—¡Ah! ¡Con qué el primo está aquí! ¡Pues bien, los veremos, los veremos á los dos! ¡A los dos!

Y se calló, como asediado por unos pensamientos muy graves que le obligaban á reflexionar, mientras que los dos amigos continuaban hablando. Después, hizo un gesto, como diciendo que le dispensasen, y metiéndose más en el hueco de la ventana, sacó de su bolsillo un libro de memorias, del que arrancó una hoja, en la que, aumentando únicamente de tamaño la letra, escribió con lápiz, las cinco líneas siguientes:

«Una leyenda asegura que la higuera de Judas retoñó en Frascati, y que sus frutos son mortales para cualquiera que desee ser papa. No comais esos higos emponzoñados y no los deis á los vuestros, ni á vuestras gallinas».

Dobló la hoja en forma de carta, la cerró con un sello de correo, y puso la dirección siguiente: